

SERMÓN
DE LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA
EN EL TEMPLO

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE LAS RELIGIOSAS DE LA ENSEÑANZA

DE LA CIUDAD DE VALLADOLID

EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1883



Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.

Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

COLOS., III, 3.

HEMOS escuchado tu voz, Virgen purísima de la celestial Jerusalén, Madre privilegiada del Dios tres veces Santo, angelical y consoladora María! El eco armonioso de las inspiradas palabras que pronunció el hijo de Sirach (1) llegó á nuestros oídos con todo el prestigio de una dulce profecía que se realiza, y con todo el encanto de tus bondades y tu amor. Tú iluminaste nuestra mente con la gracia y la luz de la verdad; Tú eres para nuestro corazón la esperanza de la vida; Tú has derramado sobre nosotros los ríos de tu misericordia: y si hoy nos llamas cerca de tu lado para renovar tu alianza y tus prome-

(1) *Eccli.*, XXIV.

sas, he aquí que estamos reunidos para presentarte la ofrenda de nuestra devoción y de nuestra gratitud.

Venerables Religiosas: Mi alma está en estos momentos henchida de la alegría más pura, por ser llamado á interpretar los ímpetus piadosos que en este día conmueven vuestro espíritu, y á ofrecer ante el altar los dones de vuestra fidelidad y de vuestra perseverancia. Yo sé bien que vosotras esperáis siempre este día con esa viva impaciencia que es, quizá, uno de los secretos de la perfección en todas las almas místicas. Yo adivino que, no obstante vivir cada una de vosotras en incesante y suavísima correspondencia con la Virgen María, Madre de Dios, todas vosotras juntas, unidas todas en gracioso coro, os citáis de un año para otro año con esa Imagen bendita, para adornarla con vuestras más espléndidas galas; esto es, con las últimas flores del Otoño, con los vestidos que bordasteis con vuestras propias manos, con los sonidos de vuestras gargantas, con los perfumes de vuestros corazones. Yo hasta diría que os despedís hoy de los últimos crepúsculos de la tarde con las lágrimas en los ojos, con melancolía piadosísima, para pensar y para soñar de nuevo en que el Sol que ha alumbrado este día tan radiante, termine pronto otra vuelta á la Eclíptica, contemple una vez más, en tan deliciosas horas, los fervores de vuestra fe y la intensidad de vuestra ternura.

¿Y esto por qué, mis veneradas madres? ¡Ah! Es porque la Festividad presente podría afirmarse que es una solemnidad muy particularmente vuestra. Vosotras, como todas las almas verdaderamente piadosas, os gozáis con el más santo júbilo en el Misterio de la Concepción sin mancha de María, revelación magnífica de toda la gloria interior de la Hija del Rey Eterno; en el Misterio de su Natividad, donde principia á ennoblecerse y sublimarse la naturaleza caída; en el Misterio de la Visitación, honor y dicha de una familia de justos en la pintoresca montaña de la ciudad de Judá; en la Purificación de María, fiesta de todos los corazones humildes; en el Misterio de los Dolores, que, por los arcanos de grandeza y de caridad que contiene, nos muestra la figura de María tocando con los umbrales de las moradas divinas; en la Asunción triunfante de esa Virgen, que es la festividad de los Angeles y de las mansiones del Empíreo. Pero el Misterio de la Presentación de María, antes de mediar su infancia, en el Templo de Jerusalén, para ser allí educada en el temor de Dios, en la sabiduría de Dios, en la intimidad de Dios, ese es el Misterio especial de vuestro hermoso Instituto; esa la solemnidad escogida de vuestra ilustre Fundadora; esa la fiesta de la juventud que educáis; ese el bello ideal de vuestros fines, de vuestros desvelos, de vuestros suspiros, de vuestras oraciones y de vuestras virtudes.

Y bien, hermanas más: Estos conmovedores cultos á que asistimos hoy, para participar en algún modo de la sagrada llama en que arde vuestro espíritu, es la rica guirnalda de vuestra piedad y vuestro amor: mis pobres frases serán un pequeño ramo que aspiro á poner en ella. ¡Pluguiera al cielo que las flores que yo ofrezco tuviesen algún aroma del alma, para hacerlas realmente dignas de que vosotras las presentéis ante los altares de María, y de que María las acepte!

Intentemos probar ahora, con el examen de la Festividad de hoy, la proposición que sigue:

La vida escondida con Jesucristo es la luz de Dios, salvadora del mundo.

Dirijamos antes á la Madre de la Divina Gracia esta salutación del Arcángel:

AVE MARÍA, GRATIA PLENA, ETC.

Los tres Continentes del Antiguo Mundo quisieron como rodear y bendecir aquella tierra privilegiada de Canaán, donde había de obrarse la Redención del hombre por los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo; y aun en esa tierra bendita, consagrada por el más augusto de los sacrificios y por la más profunda de las misericordias, fueron tres las más célebres ciudades, reinas de otras tantas comarcas, que parecían dar cumplido testimonio de aquellos sobrenaturales prodigios: al Mediodía, en las montañas de Judea, Jerusalén, la Villa Santa; en el centro, la Ciudad de Efraín, ó sea la antigua Sichem, que coronaba las alturas de Samaria: allá, á lo lejos, hacia los montes del Septentrión y á vista del Carmelo, las blancas murallas de Nazareth, «Flor de Galilea».

Desde las persecuciones y las crueldades de Antfoco, y las acciones inmortales de aquellos

Macabeos que son, acaso, los más altos héroes de los siglos, las generaciones destinadas á preparar la existencia de la Virgen María habitaron entre Jerusalén y Nazareth, con la sencillez encantadora, con los hábitos de hospitalidad afable, propios de los antiguos Patriarcas: y del mismo modo que lo había de realizar más adelante la Iglesia de Jesucristo, todas aquellas almas predestinadas dividían inalterablemente su fortuna entre el Templo y su Sacerdocio, el pobre y el peregrino, y el cuidado solícito y continuo de su dulce morada.

Un expositor de las Sagradas Letras (1) ha hecho constar en disertaciones admirables, y con la grave autoridad de los Doctores de la Iglesia, los nombres privilegiados de los padres de la Virgen María, nombres de graciosos significados y de dulzuras indecibles. Significa Joaquín la *preparación del Señor*; ó lo que es lo mismo, el temor y el amor de Dios por la fe, por la verdad, por la virtud. Ana denota *gracia*; es decir, los aromas que exhala la modestia, los encantos que infunde el pudor, el influjo poderoso y decisivo de los celestiales carismas.

La raíz de aquella estirpe singularmente ilustre, el tronco inmediato de aquel árbol genealógico de tan frondosas ramas, son siempre los mismos: David, el Rey Profeta, el hombre de las

(1) Dom. Calmet, *Diccion. Bibl.*

penitencias rigurosas, de aquella contrición profunda, más grande aún que sus culpables fragilidades y sus dolorosas caídas. San Jerónimo nos ha conservado los más interesantes pormenores acerca de la nobleza de los ascendientes de Joaquín y de Ana, de la dulce medianía de su fortuna, de la paz sobrehumana de su hogar, de lo edificante y rico de sus prendas y de sus virtudes. En derredor de esos esposos santos volaban como palomas las tradiciones más venerandas y las esperanzas más risueñas. Aquella esterilidad prolongada, que llega á ser fecunda por la oración que cada uno de los esposos eleva á Dios en secreto; la ofrenda de Joaquín, providencialmente rechazada en el Templo por el Sacerdote; el apartado retiro que ha buscado el anciano para llorar su desgracia y ocultar su amargura; la promesa consoladora de una Hija siempre Virgen, que será la Madre privilegiada del Salvador de los hombres, todo esto alumbra la mente, cautiva la fantasía, inunda el corazón de consolaciones inefables. Y cuando esa palabra del cielo tiene su cumplimiento, y María va á aparecer sobre la tierra en aquel mes de *Tisri*, donde tenía su comienzo el año civil judaico, y en el cual, según tradicionales creencias de aquel pueblo, Eva fué dada por compañera á Adán en el Edén de las delicias, diríase que las trompetas, los pabellones, las aguas vivas y cristalinas, las palmas y los mirtos, los himnos y los cánticos con que el

pueblo de Israel celebraba entonces la Fiesta de los Tabernáculos, entusiasta consagración de la libertad alcanzada en Egipto, vinieron á saludar y á enaltecer la aparición mil y mil veces dichosa de la Madre del Mesías deseado, en medio de las generaciones.

Fué, al fin, en la risueña y famosa Nazareth donde nacía la Virgen de Judá, cuando aquellas mesetas y colinas y aquellos extensos valles producían aún taptos frutos al año que ha podido decirse exactamente de ellos «que eran como un Otoño sin fin ó una Primavera eterna». Y tan casta, y tan gentil, y tan rica y tan suave como aquellos blancos lirios y aquellas lindas palmeras, y aquellas crecidas mieses, y aquellos verdes olivos, era, desde los primeros días de su niñez, esa predestinada criatura. En el hogar de Joaquín y de Ana no se contemplaba ya aquella abundancia y difusión de las heredades de los primeros Patriarcas, aquella pompa de los antiguos Reyes, aquella grandeza del Sacerdocio antiguo, cuyos triples blasones, todos entrelazados, concurrieron á ennoblecer la cuna de la Santa Virgen; y sin embargo, no hubo, en toda la serie de los siglos, hija de Reyes y Emperadores que fuera, por parte de sus padres, objeto de mayor solicitud, de más amor, de más afanes, de más caricias, de más altos ejemplos. Dícenos la Escritura (1)

(1) Dan., XIII

que los padres de Susana, fieles á las prescripciones de la Ley, educaban á su hija en el temor del Señor: los padres de María, igualmente piadosos, pero más felices que aquéllos, no sólo vieron á la tierna Niña respirando virtud y gracia, sino que llegaron á entrever que los ángeles la servían, que los mundos la admiraban, y que le daba sombra la Virtud del Altísimo (1).

Los cielos habían ya hablado, llamando á María al retiro; los afortunados padres, oscilando tal vez entre el pesar y el gozo, pero reconocidos y obedientes á la voluntad divina, comunican á su dulce Hija tan extraordinario llamamiento; y nuestra imaginación, Señores, cree escuchar de los labios de María, en esos momentos solemnes, esta embelesadora respuesta, aprendida en los Salmos del Profeta Rey: «Una sola cosa he pedido á mi Dios, y ésta pediré siempre: que more yo en la Casa del Señor, por todos los días de mi vida» (2).

Y los ardientes votos de esa cándida Niña son presurosamente cumplidos. No era ya entonces el Templo de Jerusalén aquella morada eminentemente grandiosa, concebida por la piedad de David, ejecutada por Salomón, y cuyas raras maravillas, descritas por los Sagrados Libros, levantan el corazón y el espíritu á adorar y á

(1) Luc., I, 35.

(2) Psalm. XXVI, 4.

bendecir al Dios Omnipotente, Unico Verdadero. Profanó aquel primer Templo Nabucodonosor, en su loca soberbia: mancilló su majestad, abatió sus torres, allanó sus muros, holló sus pavimentos, robó sus vasos sagrados, hizo cautivo al pueblo hebreo, que vertió lágrimas de arrepentimiento y paseó sus desventuras por las orillas de los ríos de Babilonia; y habría también violado y roto aquel coloso del orgullo humano el Arca de la Alianza, á no haberla ocultado Jeremías en las cumbres del Nebo, cerca de la tumba de Moisés, en sitio tan ignorado hoy como el sepulcro del gran caudillo; lugares célebres y benditos, Señores, que acaso la Providencia se dignará revelar al mundo algún día. Pero si el segundo Templo de la inmortal Ciudad era menos suntuoso que el que levantó Salomón, él no tuvo rival todavía entre los monumentos de todos los pueblos, por sus vastas proporciones, por su severa arquitectura, por su ornamentación incomparable. La edificación del nuevo Templo es toda una epopeya en la historia de la Nación Judía, y fueron necesarios todo el heroísmo y toda la piedad de Zorobabel y del hijo de Josedec, todo el celo y toda la inspiración de los últimos Profetas (1) para terminar aquella augusta morada del Dios tres veces Santo. Profanóla otra vez más el sacrílego Antíoco, purificóla Judas Macabeo, la respetó Pompeyo,

(1) Aggeo y Zacarías, I, *Esd.*

la despojó Craso; y, al repararla el odiado y parricida Herodes, dijérase que el cielo no había permitido aquella restauración, hecha por un Rey cruel é impenitente, sino para recibir y reverenciar á la más noble y más pura de las almas que hasta aquellos días la visitaron.

Aquella masa inmensa, exornada por todas partes de riquísimos mármoles, con gruesas planchas de oro, diríase que se ha estremecido de de júbilo. El Pórtico Real de las tres naves paralelas en el atrio de los Gentiles, y la gran Puerta Oriental del atrio de los Hebreos, parecen cobrar vida y sonreír de esperanza. Los espectadores de aquellos varios recintos han exclamado absortos, como los transeuntes de la populosa ciudad, al ver á la tierna desposada, dechado de todas las hermosuras, esto es, bella con la belleza geométrica, y con la belleza moral de la fisonomía, en que se refleja la santidad del alma, bella con ojos de luz divina: «¿Quién es ésta que marcha como la aurora al levantarse?» (1) «¡Oh cuán bellos y graciosos son tus pasos, hija de Príncipe!» (2) Los Santos Padres de los primeros siglos, y muy señaladamente San Jerónimo, han descrito enajenados aquella hermosa escena; y en verdad que nadie supo sobrepujar ni el dibujo, ni el colorido, ni el sublime ideal de tan conmovedores

(1) *Cant.*, VI, 9.

(2) *Cant.*, VII, 1.